LA NOVELA CORTA
Rayes
1928
381
EL MAL AMOR DE UNA REINA
20 cts.
DIEGO SAN JOSE

N.° 381
Año VIII

LA NOVELA CORTA
DIRECTOR: JOSÉ DE URQUIA

Madrid 24
Mar. 1923

ADNINISTRACIÓN: MADRID.-CALVO ASENSIO, 3.-APARTADO 8.008.-TELÉFONO J-624

EL FOLLETIN

Revista semanal literaria, lujosamente editada, cubierta en papel cuchet a cuatro colores profusamente ilustrada.

Esta Revista, **DISTINTA** a todas las que actualmente se publican, tiene por culto difundir las obras más interesantes de los **grandes folletinistas** extranjeros y españoles...

Dikens, Víctor Hugo, Dumas, Balzac, Montepín, Ortega y Frías, Pérez Escrich, Fernández y González, Walter Scoot, Edgar Poe, Javier de Montepín, Paúl Feval, Ponzon Du Terrail, etc., etc.

inmortales maestros de un género cuyo encanto reside, más que en el mérito literario, con ser tan grande, en la emoción y el interés de la intriga. La publicación de estas novelas lanzadas por nosotros, ofrece **la singularísima novedad de que aparecerán por primera vez editadas en el pequeño formato de las actuales novelas de bolsillo,** con el fin de que puedan en todo lugar y momento ser leídas cosa que por su gran volumen no permiten las ediciones de estas célebres novelas lanzadas hasta el día.

APARECERA EL VIERNES

132 PÁGINAS

CUARENTA CENTIMOS

EL MAL AMOR DE UNA REINA

Narracion historica traida a cuento por Diego San José

(ILUSTRACIONES DE MELENDRERAS)

I

Allá por las postrimerías del siglo XV, época memorable en que las Ciencias, las Artes y las Letras, la Industria y el Comercio comenzaban a florecer, existían en la calle de los Lombardos de la vieja ciudad de París, los más ricos almacenes de toda Francia.

Las calles adyacentes veíanse constantemente obstruídas por pajes, escuderos, lacayos y mozos con hacaneas, literas y sillas de manos de las más ilustres casas.

Damas y caballeros de la más alta y empingorotada alcurnia iban por sí mismos a procurarse sus compras y en ello parecía que se congratulaban, pues hacían punto de reunión los amplios salones mercantiles.

Tanta era la riqueza y fastuosidad con que estaban amueblados, y tal el agasajo con que sabía atenderles Giacomo Lopresti, el opulento *dux* de aquella república comercial, que no echaban de menos la comodidad y regalo de sus mismas casas. Por ser el tal nacido en Florencia, toda la ciudad le conocía por el florentino más que por su propio nombre.

Su esplendidez llegaba hasta hacer de su casa a la hora del crepúsculo vespertino (y fuera del negocio) punto de reunión de los mas notables ca-

balleros. Tal magnificencia mostraba que cuéntase, que hacía servir el refresco de hipocrás en recipientes de oro y cristal labrado de Bohemia.

Si las buenas prendas, riqueza y cortesanía del opulento mercader eran merecedoras de toda admiración, más adoradores tenían tres hermosísimas hijas de su merced, que detrás del mostrador defendían el negocio paterno y eran espejos de caballeros, puesto que los más gentiles de la ciudad acudían a mirarse en sus ojos.

—Son las mejores joyas de mi casa—solía decir el dichoso padre.

Es fama que todas tres sumaban a su incomparable belleza el tesoro de todas las virtudes.

Más galanes traían enredor de su garbo que moscas un pastel y tabardillos el Agosto, pero ninguno, con ser ellos de las más linajudas familias de Francia y de muy gentil continente, había logrado dar un paso en los corazones de las tres gracias.

Lopresti, que confiaba tanto en la virtud y el decoro de sus hijas, frotábase las manos viendo cómo su negocio navegaba prósperamente por tan tranquilas y bellas aguas, y así bendecía a Dios y a la belleza de su progenie que servíale de cebo para pescar barbos de oro, dejando siempre intacta la carnecilla que les seducía, y limpios como la plata (que jamás, ni con el hálito fueron empañados) los filos del anzuelo.

Alguno que otro parroquiano solía decirle:

—¡Ay, Giacomo, que más me place una hora pasada en tu tienda que una noche en Palacio, y, ¡cómo me pluguiera de que se trocasen las tornas, esto es, que la hora fuese empleada en la casa del Rey, y la noche en la tuya.

Y *El Florentino,* sin ofenderse por lo que el elogio pudiera tener de insolencia, sonreía y contestaba:

—¿Qué hemos de hacerle, señor? Hay cosas que no están en la mano del hombre, sino en la Conciencia y en la Dignidad, en el Deber y en el Honor. Llamadlos en vuestro favor y auxilio, y si os asisten, bien podréis entrar en mi casa de noche y en Palacio cuando tuviereis obligación.

Con quien así hablaba era con el señor de Maulle, gentilhombre muy influyente cerca de Isabel de Baviera, la bella y deshonesta esposa del rey Carlos VI.

También cuentan las crónicas que el conde de Lagny y el marqués Boisfourdan eran gozquezuelos que oteaban el mismo rastro.

II

MAese Bautista, felice y orondo propietario de *La Bola de Oro,* la más famosa hostería de París, pasaba por ser un gran vividor.

Era su entender, que, como el Rey acuñaba moneda para todos sus Estados, todos, según la medida de sus fuerzas, podían hacer gasto en su establecimiento, por lo cual recibía con iguales consideraciones y respetos a los nobles y a los plebeyos.

Todos estaban conformes con las puntuales atenciones del hostelero, aunque en las más de las ocasiones sirviese gato por liebre y cobrase liebre por gato. Como ni unos ni otros tenían necesidad de mezclarse para hacer gasto, transigían con las miras igualitarias del huésped.

La parte destinada a parroquia de calidad estaba instalada en el piso superior de la casa, y cierto que era una magnífica pieza digna de cobijar sin desdoro a tan encumbrados señores. Porque es de saber que lo más florido de la gente moza y bullanguera de la nobleza de Francia solía tener este local por ermita pagana de sus esparcimientos.

Muy bien sabía hacer los honores el aprovechado Bautista, y como además de tener encerrados en sus profundas bodegas la mejor sangre de las cepas de Languedoc, de Borgoña, del Rhin y de España, tenía amarradas en las amplias naves de sus cocinas las más expertas guisanderas de París, de ahí que el negocio fuérale viento en popa por los anchos mares de la prosperidad. Sobre esto, era hombre que sabía guardar un secreto, por trascendental y comprometido que éste pudiera ser. Parroquiano que a él se confiara (como pagase bien) para cualquier asunto, noble o infame, cristiano o hereje, dentro de *La Bola de Oro,* ya podía llevarle a cabo con toda tranquilidad. Los esbirros del Preboste distinguían el oro de maese Bautista sobre las joyas de la corona carloringia.

***

Algo más eran de las ocho de la noche del año de gracia de 1390.

Había poco que óyerase el toque de la queda, mas esto no era cosa que inquietara al hostelero ni a su parroquia. Con cerrar las ventanas no salía a la calle el eco de las luces, que es el resplandor, y así no vulneraban las severas órdenes del prebostazgo.

La gente de poco pelo ya fué despedida.

Quedaban los magnates. Entre ellos los galanteadores de las tres perlas florentinas, el conde de Lagny, el marqués de Boisfourdan y el barón de Maulle.

Todos tres recordaban y glosaban con grande entusiasmo los encantos de tan soberbias bellezas, Ana, Leonor y Berenice.

—Son tres piezas para tomar una plaza—decía el conde y asentía el marqués.

—Y también un reino.

—Por cualquiera de las tres puede jugarse la vida, y si hay quien acepte, ya podemos comenzar la partida—habló el barón.

—Antójaseme—dijo un hidalguillo que sólo parecía asistir como espectador—que ninguno de esos tres pimpollos ha florecido para ser trasplantado al jardín de vuestros placeres; están muy altas ellas y parece que tienen muy acerados pinchos los bardales de su huerto.

—Y ¿qué pensáis que se ha menester para saltar esas tapias?—preguntó Boisfourdan entre fatuo y ofendido.

—¿Valor?—inquirió Lagny.

—No trato de ofenderos suponiendo que carecéis de él—replicó el incrédulo—, pero no es valor la primera materia que se necesita para el bloqueo de algunas fortalezas, sin son inexpugnables, y éstas me parece que lo son tanto como los muros de Nuestra Señora.

—¿Las tres?

—Las tres.

—Pues mirad—dijo levantándose un tanto fanfarrón Mr. de Maulle—, de las tres, hay una que me parece la más linda y la más difícil.

—¿Cuál?—preguntaron los tres a coro.

—Berenice—respondió el caballero.

Todos convinieron con él que así lo estimaban.

—Pues bien—prosiguió el gentilhombre—; no sé yo del poder amatorio que puedan tener mis camaradas, aquí presentes, pero, de mi parte, os apuesto ahora mismo cien escudos de oro que mañana, día de Navidad, a la una en punto de la noche, Berenice será mía.

—Alto ahí, amigo—exclamaron los camaradas—, esa apuesta la aceptamos todos.

—¿Van, pues, los cien escudos?

—Van.

—Mirad que los perderéis.

—Si tuviésemos la completa seguridad de dejarles en vuestras manos, no cometeríamos la simpleza de apostarles.

—Señores, la dilación no es tan larga. Mañana, a las dos de la noche, en este mismo lugar. Venid prevenidos de dinero. No perdono ni un sueldo.

Y salieron todos silenciosamente por una puertecilla que daba a una calleja sombría y solitaria.

El desconocido que dió origen a la apuesta y que en toda la velada no bajó el embozo del rico tabardo más allá de los ojos, desapareció sin que supiese su condición y calidad ni el mismo Bautista.

—Qué más da—decía éste para sí cuando se quedó solo—. Llegó aquí, pidióme un aposento distante de la tienda, pagóme bien y ha hecho poco gasto. Acaso sea algún extranjero a quien convenga andar oculto.

Como negros fantasmas desvaneciéronse los hidalgos en las espesas sombras de la noche que invadían las angostas callejas de la ribera del Sena.

III

Así como el desconcido vióse fuera de la hostería, aprovechando la algazara de los otros, que comentaban y celebraban la apuesta, deslizóse a lo largo de la angosta callejuela, atravesó un buen número de ellas, mas haciendo siempre lo posible por no toparse con ronda ni retén alguno, hasta que dió en la misma mansión de los reyes de Francia.

Por una mezquina puertecilla que daba a hórrido e inmundo callejón, entróse, calando a poco en la magnífica estancia de la reina Isabel.

Con poca ceremonia saludó a la hermosa soberana, quien por su parte no mostró extrañeza alguna por tan intempestiva visita.

—¿Eres tú?—preguntó con acento que demostraba harta contrariedad—. ¡Válgame Dios! Siempre llega quien no se espera y menos falta nos hace...

—Quién sabe—respondió el recién llegado—si el que no esparabais séaos esta noche de más utilidad que el que esperáis con tantas ansias.

—¿Qué dices?—inquirió la soberana.

—Que por esta noche y por mañana disculpéis la ausencia de Mr. de Maulle—replicó el hombre, y entrambos continuó el diálogo de esta suerte.

—¿Cómo así? ¿Le has visto?

—Sí.

—¿Dónde?

—En *La Bola de Oro*.

—¿Quiénes le acompañaban?

—El conde de Lagny, el marqués de Boisfourdan y el duque de Némur.

—Estarían acaso...

—Amigablemente nada más, Alteza.

—¿Había alguna mujer con ellos?

—Hasta mañana, no, señora.

—¿Qué quieres decir? Habla de una vez.

—Obedezco. Como bueno y lealísimo servidor que soy de Vuestra Alteza, quería prepararos la desagradable nueva, en modo que causara el menos daño posible a vuestro enamorado corazón. ¿Vuestra Alteza ha oído

hablar por acaso de un afortunado mercader florentino que tiene su riquísima lonja en la calle de los Lombardos?

—Sí. Tengo entendido que posee el comercio más lujoso de París.

—Así es. ¿Y sabe también Vuestra Alteza que las más preciadas joyas de su casa son tres hijas como tres soles?

—También oí ponderar el buen garbo de esas tres muchachas, pero no creo que sea tanto como dicen. Sin duda no pasan de ser habladurías del vulgo novelero.

—Bien podéis creer, señora, que pocas veces la fama habló con tan justa verdad, pues no siendo Vuestra Alteza, no hay en toda Francia mujeres más hermosas que Ana, Leonora y Berenice Lopresti, y como pienso que esta última alcanza ventaja sobre sus hermanas, los más apuestos donceles de la Corte andan locos tras ella por conseguir una sonrisa de sus labios, y con más empeño que todos el barón de Maulle, que lleva apostados cien escudos de oro a que mañana, día de Navidad, antes de la una de la noche, será suya le hermosísima florentina.

—¡Baltasar!

—Señora...

—Esto que acabas de decirme, ¿no será una ruin calumnia tuya para perder a esa muchacha? Tú eres la llave de mis secretos, conoces muy bien el capítulo de mis amores con el barón, y sabes lo caro que le costaría el capricho a quien pretendiera arrancarle de mi cariño.

—Lo sé.

—La ruina a que te precipitó Lopresti con su competencia comercial, de la que si no hubiera sido por mi liberalidad no hubieras conseguido salvarte, ¿no habrá llenado tu alma de odio para perderle?...

—Mi gratitud y mi obligación me mandan servir a Vuestra Alteza. En esto que os digo me parece que hay una prueba de mi lealtad y mi agradecimiento.

—Si es así, ya sabes a dónde suele alcanzar mi gratitud. A mi cargo queda que no salga mañana de Palacio el barón; al tuyo, que no se vuelva a saber más en París de Berenice. Pongo en tus manos la venganza de tu bancarrota, ocasionada por la suerte de Lopresti. Acude a todos los medios, y no temas; Isabel de Baviera es tu salvaguardia.

—Alteza, confiado en esa palabra, tened confianza en mí; la nube de vuestros celos no dejará rastro ni en vuestro corazón ni sobre la tierra.

En esto advirtióse hacia el corredor, cuya entrada estaba oculta por un riquísimo tapiz, ruido de pasos.

—Es él; vete—exclamó la reina.

El israelita salió rápidamente y un instante después el señor de Maulle y la soberana de Francia estaban juntos.

IV

Baltasar no hubo necesidad de salir de Palacio para llegar a su casa.

Su aposento estaba instalado en una de las galerías altas del Louvre, en el pico de una maciza torre.

Llegó todo gozoso y satisfecho.

Dijérase que Satanás habíale puesto en los ojos el siniestro y poderoso fulgor de sus hogueras infernales.

Marcábasele en la faz el espantable gesto de una vengativa sonrisa, y todo su ser aparecía agitado por un convulsivo temblor, producido sin duda

por la cercanía del daño que iba a causar, sin peligro ni cuidado alguno que pudiesen comprometer su libertad ni su vida.

Acostóse, más que por la necesidad de darle reposo al cuerpo, para dar suelta a las inquietudes del levantado espíritu que junto con las locas víboras de su malvada imaginación negábanle toda paz y sosiego en el augusto silencio de la noche.

Baltasar Kanuf había sido, años antes, uno de los más opulentos mercaderes israelitas que asentara en la canallesca corte del rey Carlos VI.

Los más ricos tapices de Persia, las más famosas telas de la Arabia, en su casa se encontraban, y allí los más costosos perfumes del mundo, con lo que siempre veía su tienda concurrida por las más alcurniadas damas.

Su lonja estaba establecida en la ya mencionada calle de los Lombardos.

Vivía el hombre como en la gloria, y aunque mucho ganaba, contra la sordidez que parece proverbial entre las gentes de su raza, presto dábale franca y alegre salida en bureos y francachelas.

Ya había entrado en la edad que dicen de la razón, aunque faltábanle algunos años para dar en la del respeto.

En el apogeo iba de su negocio, cuando quiso la veleidosa y tornadiza dama que llaman Suerte, mostrársele esquiva, disponiendo que en la misma calle se estableciera en el mismo negocio el florentino Lopresti.

La gente, atraída por la novedad y la peregrina belleza de las hijas del nuevo mercader, comenzó a favorecer a éste y a olvidar aquél, de forma que en poco más de año y medio vió secarse el florecimiento de su casa.

Hubo de cerrar el comercio y malvender el género almacenado, si no quiso que todo se lo llevara la trampa o la curia.

Pidió protección a la reina Isabel, y ésta, estimándole sus excepcionales maestrías de orfebre, nombróle su joyero y maestro guardaplata.

En el corazón de Kanuf germinó desde el primer instante la venganza contra su afortunado rival.

Aquel beso de la Suerte había de hacerle llorar con lágrimas de sangre y no perdonaba ocasión de procurarlo.

En todo momento despreciaba las mercancías del florentino, y aun decía que era un pirata que tenía bajeles en los mares latinos y asiáticos, para desvalijar cuantas naves abarrotadas de riquezas surcaban aquellas aguas, y que después, descansadamente y con hipócritas apariencias de hombre de bien, despachaba en sus almacenes.

Tampoco dejaba muy bien parada la honorabilidad de las bellas muchachas y a todo el que se prestaba a escucharle contaba infames historias de amores y amoríos sostenidos con los más opulentos caballeros.

—Al fin fué Dios servido de señalarme la hora de la venganza—murmuraba el miserable, mientras en vano pretendía sosegar en la tinieblas del sueño la tempestad de sus pensamientos—. En el torbellino de mi rencor va a desaparecer mi más odiado enemigo. No habrá justicia humana capaz de molestarme. Con barrera tan alta pueden arrostrarse todas las empresas y todos los peligros.

Ya era cerca del día cuando el sueño, cerrándole los ojos, le aquietó las torpes ideas.

V

Aquella princesa Isabel, subida al trono de Francia antes por egoístas conveniencias de Estado que por amor a su esposo, el débil e infortunado Carlos VI, a quien desde los primeros días de matrimonio repudiara, arrastraba por el fango la fidelidad conyugal que hubo de jurar en los altares.

Numerosísima era la lista de sus cortejos y de sus martelos, y a los que por inclinación amatoria no se entregaba, hacíalo por vicio.

Bien podía ella decir como aquella infanta castellana de que habla nuestro glorioso romancero:

A los moros por dinero,
y a los cristianos de balde...

El señor de Maulle era por aquellos años de 1390 el último que figuraba en el protocolo de su corazón y en los registros de su lujuria.

Eligióle entre los palaciegos y parece que aquello que ella no pensó nunca que pasara de lúbrico y momentáneo entretenimiento, como hasta entonces habíale acontecido, tomó soberanía con fueros de pasión ardiente, hasta que el mal paso dado en este lance obligóla a darle al olvido como a tantos otros.

A decir verdad, era Isabel de Baviera una soberbia mujer, y así sabía esclavizar a sus amantes más por hembra que por soberana.

No acaecía con ella lo que con otras malcasadas que andan solapadamente por las cumbres de la Historia, que antes por ser quienes son que porque lo mande el rapazuelo de la venda, tienen nutrida cohorte de amadores y aficionados.

De esta misma manera dicen que era también aquella alegre Diana de Poitiers, bizarrísima entretenida de Francisco I, la cual, antes que por su alta jerarquía por su belleza muy extremada y gentilísimo donaire, iba sembrando amores y celos aun entre las damas muy hembras.

Y aun dicen de esta espléndida cortesana, que otras hacían en ella tal agasajo que rayaba en devoción, que era besarle el seno desnudo, y así solía salir de su cámara con el corpiño todo desabotonado, mostrando cínicamente el tesoro de sus pechos, en los que damas y doncellas iban a hocicar como fanáticos en milagrosa reliquia.

Fuera esta reina Isabel, noble, buena y honesta como era hermosa y desaprensiva, y a buen seguro que hoy tuviera un puesto en los altares, pero, siendo como queda historiado, no sino en las casas llanas pienso que figure escrito su nombre con almagre de la daifa que esté de puerta.

VI

La noticia de la apuesta por el rapto de la hermosa florentina había corrido como un reguero de pólvora, prendido por audaz mano, entre la alegre y aristocrática mocedumbre de París.

Prometía ser un ruidoso suceso que diese comidilla para muchos días.

En todos vivía reciamente la idea de la apuesta con más ahinco que en la mente y en el corazón de quien la hizo.

La regia cima nada habló de ello a su gentil gafo. Solamente le obligó a que en la noche siguiente y a punto de las diez se hallase junto a ella, y exactamente puntual estuvo el doncel.

Ya había rato que esperaba la reina y en sus hermosos ojos brillaban de vez en cuando relámpagos de celos pensando en que el miserable Baltasar no estuviese a tiempo y Maulle lograra el triunfo de la apuesta.

De pronto descorrióse aquel tapiz que ya conocen los lectores y apareció el gentil enamorado.

Tan absorta estaba Isabel y tan poco ruido hubo de hacer el recién llegado, que no fué advertida su presencia. La atormentada celosa, ante un amplio ventanal que daba sobre la Plaza de las Armas, siguió tejiendo el

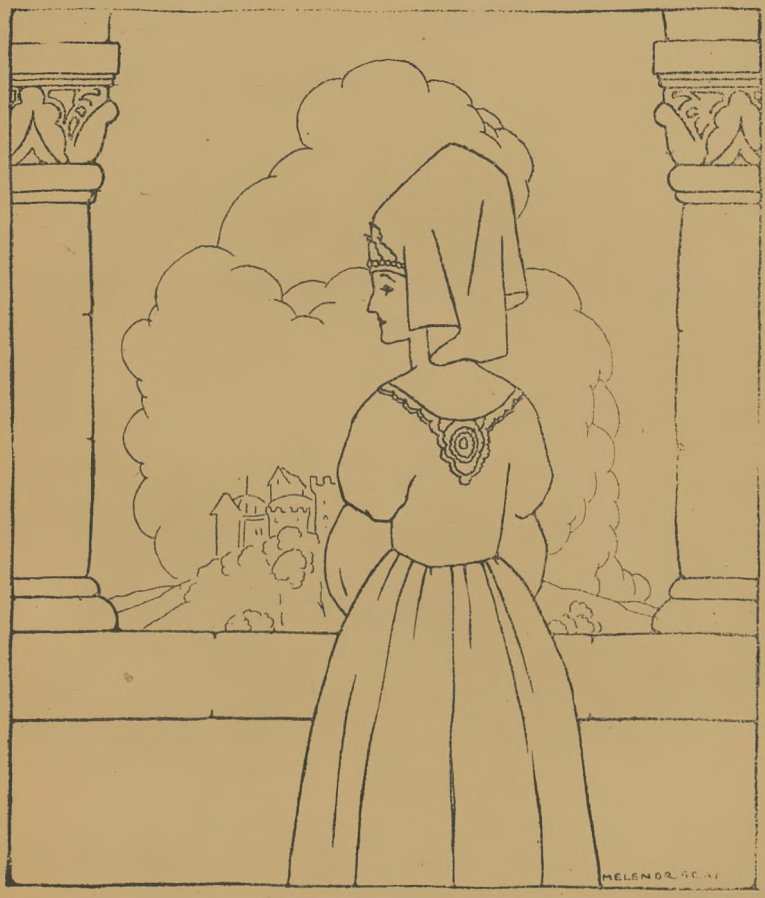
dolor de sus rencores con los terribles planes de venganza que no habían de tardar mucho en conmover a la alegre y tumultuosa metrópoli.

Las manos de Maulle posáronse a manera de vendas sobre los ojos de la soberana.

La sorpresa recibida hízola dar un débil grito.

Las manos se soltaron...

Subyugado ciertamente el caballero por la arrebatadora belleza de



Isabel, permaneció unos instantes como en éxtasis, que ya es sabido que cuando la admiración es mucha tienen más elocuencia los ojos que la lengua.

Tomóla al fin una mano, y arrodillándose a los pies de la hermosa infiel cubriola de besos.

No oponía la reina resistencia alguna, pero en su rostro no acababa de reflejarse la alegría ni la satisfacción que produce el buen amor.

—¿Qué tienes, Isabel mía?—preguntaba el galán—. Porque ni una sola caricia tuya ha salido al encuentro de las mías. ¿Qué terrible causa te mue-

ve a tan tirano rigor con quien tanto te quiere? ¡Reina mía, que antes que de todos los ciudadanos de Francia lo eres de mi corazón!

—Déjame—respondió Isabel, despectiva, desprendiéndose de los brazos que la estrechaban—. No estoy, ciertamente, en humor de admitir las falsas promesas y viles juramentos de quien sólo consiente en mi amor por quien soy antes que por mujer.

Maulle protestó de esta creencia, pero ella, como si tales protestas no llegaran a sus oídos, prosiguió:

—Y ten entendido, que si por reina me has tomado, puede proceder como tal contra ti y darte el castigo destinado a los traidores. ¿A que no te atreves a jurar como cristiano que tienes hecha apuesta de robar a cierta beldad hija de un famoso mercader de la calle de los Lombardos, esta noche de Navidad?

Ante el peso de acusación tan certera Maulle no supo qué responder.

La reina mirábale fijamente.

—¿No te atreves, verdad? Tienes conciencia de cristiano, aunque no de hidalgo, y no quieres condenarte por perjuro.

Maulle acertó a responder:

—Esa acusación no es más de una mala voluntad que trata de perderme.

A lo que replicó Isabel de Baviera:

—Anoche, en cierta hostería que creo que llaman *La Bola de Oro,* y a la que el caballero asiste diariamente, en unión de otros de la misma calaña, ¿no apostó mi señor y dueño a que esta noche sería suya cierta damisela remilgada y bonita que atiende por Berenice?

—¿Y eso fué lo que trajo esta tronadá de célos?—exclamó el galán tratando de echar su carro por el pedregal de las burlas—. De algo hay que hablar cuando se está con amigos y al calor de unas cuantas botellas de Borgoña.

—¡Bien hayan las charlas sin importancia!

—Si estoy ahora en tus brazos, mi reina Isabel, y hasta que alumbre el sol pienso estar en ellos (sino es ya que tu insólita esquivez y tus celos injustos me lo impiden), ¿cómo puedo robar mujer alguna ni asaltar otros cercados que no sean los de tu Palacio? Y sobre ello, ¿este desmán habría de cometerle en esta noche, que por la de Navidad todo París está en vela?

—Grande obstáculo es éste para espíritus arrojados y aventureros como tú. Y en cuanto a que has de estar esclavizado a mí toda la noche, tampoco es argumento para tranquilizarme.

—¿Por qué?

—¿Tan solo y desamparado estás que no cuentas con amigos o con servidores que se presten a efectuar las órdenes que tú les hayas hecho de antemano?

—Y cómo corre tu imaginación.

—¿Mi imaginación?...

—O los hijos de tu amor, que son los celos.

—Yo soy una mujer, y quién sabe si con sólo quererte y sin moverme de este sitio, sin amigos leales que me sirvan, podré poner un abismo entre tu apuesta de ayer y la aventura de hoy.

—Si ya lo tienes puesto. ¿No sabes que el mundo y todas las cosas, todas las personas de esta vida se dividen en dos partes? A un lado ellos y al otro nosotros.

Dos besos callados y muy largos fueron el colofón de aquel coloquio.

... ...

Dos horas más tarde un vocerío ensordecedor que de la calle subía rompió el silencio de la noche.

Las campanas tocaban desesperadamente a rebato.

—¡Fuego! Fuego!—se oía gritar claramente.

—¿Qué es ello?—preguntó Maulle.

Isabel le respondió:

—¿Qué te va en ello? Duerme, que soldados tiene el Rey que curen de la policía y guarda de nuestra muy amada Villa de París. ¿Sabes, mi Luis, una cosa?

—Dila.

—Que ya no tengo celos....

—

La fiesta de Navidad estaba a punto de acabarse por aquel año.

En casa de Lopresti no era costumbre celebrarla porque antes que aniversario de regocijo por el nacimiento de Jesús lo era de duelo por haber perdido a su bella esposa en aquel día tan señalado del año.

Desde poco después de las diez hallábanse todos recogidos y entregados al sueño. De pronto el opulento y apesadumbrado mercader dióse cuenta de que la atmósfera hacíase irrespirable.

Prendió yescas y encendió una luz.

El terror que recibiera fué espantoso.

Las habitaciones estaban llenas de humo.

Por las junturas de puertas y ventanas advertíase el trágico resplandor de las llamas.

No hubo tiempo para más que echarse una hopalanda sobre los hombros y calzarse unas pantuflas.

Abrió la puerta y un aluvión de fuego invadió el dormitorio, pero arrostrando todo peligro saltó por entre aquel mar de llamas y dirigióse a la cámara de sus hijas.

Ya toda la casa estaba hecha una hoguera; vigas, herrajes y muebles caían estrepitosamente.

Tanta magnificencia trocábase en cenizas sin que hubiese forma humana de poner remedio. Pero con ser ello la desgracia para toda su vida, el triste padre no miraba más que a la salvación de sus hijas.

A lo largo de un corredor vió cruzar a un hombre llevando una mujer en los brazos.

Pensó que fuese un alma caritativa y heroica de estas que nunca faltan en los lances extremos que arriesgan su vida por prestar socorro a los seres débiles.

Volvió a llamar y una satánica carcajada respondió a sus palabras.

El hombre, con su preciosa carga, desapareció veloz por entre los ardientes escombros.

Al fin Lopresti pudo hallar a sus dos hijas Ana y Leonora. En aquel preciso instante unos buenos vecinos arrimaban una escalera al alféizar de la ventana por donde todos tres pudieron llegar a la calle sanos y salvos, pero el dolor fué harto más grande al advertir que faltaba Berenice.

El infelice padre, en medio de su angustia, confiaba que fuera la mujer que vió en brazos de aquel hombre, y pensó que acaso estaríanla asistiendo en alguna casa de la vecindad.

Preguntó, indagó, olvidóse de toda otra preocupación que no fuera su

malventurada hija, pero no hubo quien acertara a darle más razón de que en los primeros momentos vieron salir a un hombre con una mujer desmayada en los brazos. Todos habían pensado que la libraba de la catástrofe y así nadie le detuvo.

Un chiquillo dijo, ingenua y llanamente, que aquel hombre con la mujer que llevaba habíase unido a otro que le esperaba con dos caballos entre las sombras de un callejón cercano, que montaron en los corceles, después de haber acomodado a la dama en el del que esperaba y que al galope alejáronse hacia las riberas del Sena.

El dolor de Lopresti y el de sus hijas no tuvo ya límites y comenzaron a comprender que la causa de la desgracia no era otra que el rapto y perdición de Berenice.

Entonces, alguien que el día anterior estuvo en *La Bola de Oro,* contó el lance de la apuesta y dió razón de quien la mantuvo.

El nombre del barón de Maulle corrió de boca en boca y todos pidieron castigo para el incendiario y seductor.

Los honrados vecinos del barrio del Abate, los del distrito del Temple, los de San Dionisio y la Universidad, que provistos de hachas, picos y cubos hubieron de acudir a prestar el socorro que bien pudiesen, quisieron asaltar la casa del caballero galán de la reina, y hubiéranlo llevado a cabo de no presentarse a tiempo el Preboste dándoles toda clase de seguridades de que aquel asunto quedaba al cargo de su policía, y que haríase terrible y ejemplar justicia, sin parar nada en la alcurnia del criminal.

Lopresti, trágicamente arrodillado a los pies de la primera autoridad de París, exclamaba, bañado el rostro en raudales de lágrimas:

—Señor, no pido más que a mi hija; en cuanto a lo demás, no quiero nada. Por el daño tan injustamente sufrido en mi hacienda, no se persiga a nadie. Todo no había de ser ventura. Otros tiempos mejores vendrán, siendo Dios servido. Mi hija, señor, y nada más. Poned en juego a toda vuestra gente. Es lo único que ansío. Aun con ella, y pobre como Job, puedo considerarme el más feliz de los mortales; sin ella, me sobra hasta la vida.

VII

Todo el pueblo de París estaba exacerbado por aquel hecho insólito.

—Pues qué—pensaban los honrados parisienses—, ¿no hay más sino que uno de estos desocupados pisaverdes se le antoje, para distraer su aburrimiento, prender fuego a una casa y robar a una mujer, y en lugar de asentarle la mano se le ría la canallada como si fuese cosa de mucha travesura e ingenio?

Durante varios días hubo muy sonadas querellas pidiendo justicia.

Las voces parece que llegaron al mismo Parlamento del Rey, quien a pesar de su abulia y despreocupación llegó a conmoverse y mandó hiciérase lo preciso aun cuando fuera en contra de la primera nobleza de su corte.

De allí a dos fechas fué preso y encarcelado el barón de Maulle. No fueron suficientes ruegos y protestas para convencer a la señora Justicia de que estaba inocente del desafuero que le atribuían.

A sus desesperadas negativas cerrábanle el paso con recordarle la apuesta que empeñara en *La Bola de Oro.*

Protestaba su merced de que aquello no fué más de una bravata hecha sin intención alguna de ponerla por obra.

A lo que replicaban sus jueces:

—Demostrad, pues, dónde pasasteis la noche, y ello puede ser una sólida prueba de vuestra inocencia.

Pero a tal requerimiento respondía que, a ciencia y conciencia de morir inocente, ni en los más crueles tormentos daría respuesta a tal pregunta.

—Ved, caballero Luis de Maulle—advirtióle el Preboste—, que en esa obstinada negación no sólo os va la vida, sino el buen nombre y el honor de vuestra esclarecida alcurnia.

—Pues todo ello, señor—replicaba enérgico el reo—, antes de publicar dónde hube de pasar la noche de Navidad.

—No haced entonces cargo a la justicia del Rey nuestro señor de lo que pueda aconteceros—respondió el magistrado.

—Dios sabe mi inocencia y esto me basta—volvió a replicar el acusado.

Sin embargo, todo el mundo señalaba al amante de Isabel de Baviera como el autor de la ruina del opulento mercader florentino y como infame raptor de la hermosísima Berenice, y si el rencor popular hubiera tenido eco en los oídos de Themis, sin más proceso ni formalidades legales hubiérase sustanciado la causa.

... ...

Por ante las humeantes ruinas del bazar de la calle de los Lombardos y por ante los recios muros de la prisión del Temple, todas las tardes, a la hora melancólica del crepúsculo, cruzaba como espectro de la venganza satisfecha un embozado; era el judío Baltasar Kanuf.

VIII

Tristes y horriblemente lentas corrían las horas para el barón de Maulle en la celda donde fué recluído.

No hacía más de veinticuatro horas que hallábase entre aquellas hórridas y macizas paredes, y parecíale que habían pasado dos lustros.

Era inocente, y teniendo tan a mano la defensa, no más que con decir en dónde había pasado aquella trágica noche de Navidad, no podía hacer uso de ella, porque en nuevo y más peligroso delito venía a dar.

Pensaba en que acaso el supremo ascendiente de su amante pudiese volverle la libertad; pero también pensaba que no tenía tanta autoridad, con ser quien ella era, para hacer lo mismo con el honor, pues que todos señalaríanle como incendiario y asesino salvado por un oculto poder y aun puede que el puñal de la venganza cayese sobre su pecho.

De otra parte, era mucho el amor que sentía por su regia malcasada para determinarse a hacerla rodar con él en un cadalso.

—"Yo sé que a los ojos del Mundo—se decía—se cae con más honra por saltar un ajeno cercado, aunque sea una reina la fruta robada, que por matar o robar al prójimo, pero sé también que con procurarme esta caída menos dolorosa, no hago sino hundirla a ella en el oprobio y la deshonra que no quiero para mí."

De aquí que el honor de su alta estirpe y el miedo a la muerte luchaban desesperadamente en los campos de su alma, sin que el triunfo en la desesperada lucha se viera claro por alguna de entrambas partes.

—En mal fregado os habéis metido, compadre—díjole una mañana el carcelero al tiempo de entrarle la comida.

El preso no respondió, pero el guardián, que era hombre asaz comunicativo, prosiguió su charla de esta suerte:

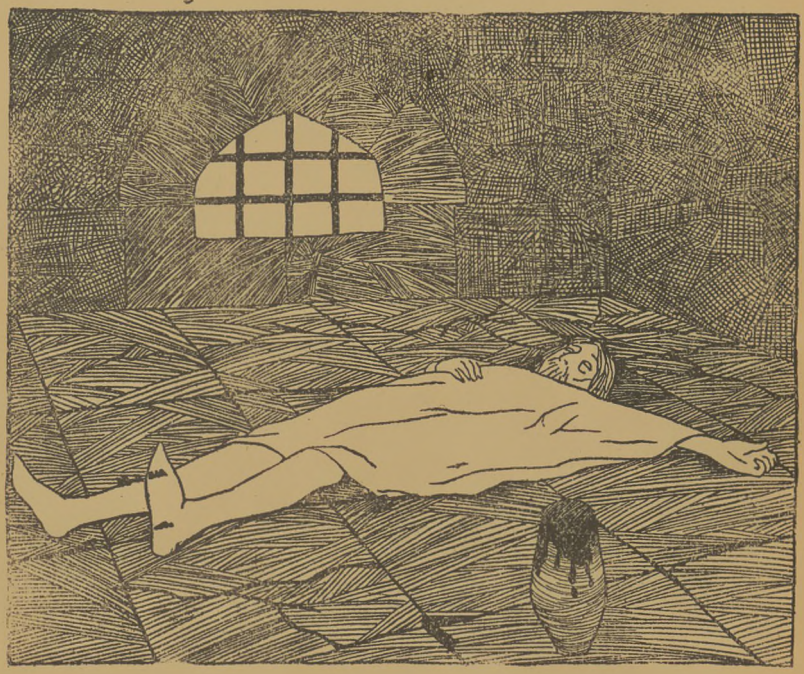
—El pueblo no os tiene mala voluntad, y, sin embargo, afirma categó-

ricamente que no otro alguno que vos prendió fuego a la casa del florentino y robó y asesinó después a una de sus hijas. ¡Divina criatura dicen que era! ¿Cómo pudisteis tener tan mala entraña?

—¿Berenice ha muerto?—preguntó Maulle.

—¿Os hacéis de nuevas? Si no lo sabéis vos, no sé quién pueda saberlo —replicó el maese de las llaves y los cerrojos—. Y ¿dónde la escondisteis que tan gentilmente habíais borrado todo rastro de la infeliz? Vaya, señor truhán de más de la marca, que no sabéis hacer las cosas a medias.

—Yo te juro, buen hombre, por la memoria de mi santa madre—exclamó angustiosamente el caballero—que estoy tan inocente como tú de



tan mostruoso crimen. Jamás, ni ahora ni nunca, empleé mis energías en daño del prójimo, ni nunca se tiñeron mis manos con sangre inocente.

—Yo repito lo que dicen por ahí, y como cristiano que soy, y para que arregléis vuestras cuentas espirituales, os advierto que estotra que tenéis pendiente con el Mundo, la saldará muy presto la justicia del Rey. Quedaos con Dios, que harto tiempo necesitáis si habéis de poner en orden de marcha los capítulos de vuestra vida y todos son tan negros como este último.

Recogió el hombre los restos de la comida anterior y salió de la estancia, dejando al inocente preso con más negras angustias de las que sufría.

En medio del intenso dolor a que su difícil situación teníale remitido, aun sintió en su corazón una aguda punzada por la muerte de la hermosísima florentina, y brotó de sus labios una oración y de sus ojos una lágrima.

IX

Desde que la reina supo que su amante, acusado por la voz del pueblo, purgaba en una mazmorra del Temple la imprudencia de unas palabras, que no la comisión de un delito, no vivía en paz pensando en que para probar su inocencia, o forzado por las crueldades del tormento, hablara y hablara claro.

En el momento en que supo que su amante pasara a ser inquilino del Estado, fuésele como por encanto el loco y criminal amor que pocas horas antes le tuviera, y no pensó en otra cosa que en hacerle callar a todo trance.

¡Cuántas horas llevóse ideando planes para ello!

Aquella misma mañana hizo que Kanuf acudiera a su cámara.

—Baltasar—dijo apenas tuvo ante sí al malvado isrelita—, si ese hombre habla, estoy perdida. ¿No habrá un medio de que calle?

—Pudiera haberle.

—¿Cómo? Habla.

—¿Vuestra Alteza se atrevería a consentirle cualquiera que fuese? Al fin os va en ello la vida.

—¿Qué intentas?

—Necesito que respondais vos.

—Sí.

—Será preciso sacrificar una vida.

—¿La del barón?

—La misma.

—¿No hay otro remedio?

—No, señora, y ello, después de todo, no es más que anticiparle un poco su última hora, puesto que la Muerte ha hecho su presa en él y tiénele bien atenazado. Si por no descubriros, calla, como lo viene haciendo hasta ahora, dónde pasó la noche del 24 de Diciembre, queda convicto de incendiario, raptor y asesino, y se impone el suplicio; si por librarse de esta afrenta, tira de la manta, como suele decirse, y os deja al descubierto, no piense que habrán de darle el Almirantazgo como premio; de cualquier manera, sus horas están contadas. Adelantándonos al verdugo, le salvaremos del oprobio, y Vuestra Alteza queda libre de toda complicación.

—¿Y tú piensas que el remedio es eficaz?

—Único e infalible.

—¿Consiste?

—En muy poca cosa: unas gotas de cierto elixir vertidas en el agua, que ni siquiera dan color, y, de un sueño, a la Eternidad.

—¿Y quién se encargará de ello?

—No pase cuidado Vuestra Alteza; con oro (que es lo único que he menester) lo mismo se corren los hierros de una cárcel que ese tapiz que separa este aposento de vuestra cámara. Además, el jefe de los calaboceros del Temple es un tanto jugador, dos tantos ambicioso y tres borracho. A él le conviene que haya pecadores, porque si no no habría infierno.

Alzóse le reina del sillón, y, dirigiéndose a un precioso mueble, sacó de él una repleta escarcela que entregó al judío a tiempo que le decía:

—Mira si con esto habrá bastante.

—No es mucho lo que se ha menester—respondió aquél—para llevar a buen puerto esta nave. Ahora, haced cuenta que nada desagradable ha acontecido, y haceos la idea de que no conocisteis ni aun oisteis hablar en todos los días de vuestro precioso vivir del gallardo barón Luis de Maulle.

Y, haciendo una exagerada reverencia, que más tenía de cínica que de respetuosa, salió de la regia estancia.

Isabel de Baviera tenía ciega confianza en las mañas de su confidente.

Comenzaba a estar tranquila, tanto, que aun parece que murmuró una plegaria por el alma que iba a separarse de quel cuerpo que fué tan suyo.

X

El barón de Maulle pidió al Parlamento de allí a pocos días que le enviara un defensor notable que se encargara de su causa.

Fué atendida la demanda del reo, y quiso la suerte que cayera el nombramiento en Mr. Pourquois, quien gozaba justísima fama de ser el jurisconsulto más sabio de París.

En toda Francia eran elogiados sus informes, y así como acontece publicar y ensalzar los milagros de los santos, para aumentar la devoción hacia ellos, contábanse y publicaban los complicados y difíciles pleitos en que este portento de la Jurisprudencia venció limpiamente, sin torcer jamás la espada de la diosa Themis.

Ya era hombre de alguna edad, aunque todavía faltábanle algunos años para adentrarse en la respetable senda de la vejez.

Nobles eran sus facciones, y a la hidalga sencillez de su persona encuadraba armoniosamente la mesura y el convencimiento de su palabra.

Dijérase que desde el primer momento en que vió al malaventurado barón, antes de que este le hablara, creyó en su inocencia.

En las agradables facciones del reo, la dulzura y la lealtad habían dejado sus rasgos.

—Caballero—le dijo apenas entró en la celda—. Antes de dar de lleno en los necesarios preliminares de mi oficio, he de haceros una advertencia, que espero me disculpeis si en ella hay alguna molestia para vuestro ánimo. Creo de mi derecho, y como deber de mi profesión, prestar el apoyo de mis luces a los desgraciados que me reclaman para arreglar sus cuentas con la Justicia, pero asimismo es también ley de mi conciencia no aceptar asunto que estime indigno de defensor, por la monstruosidad del delito.

—Y bien, señor licenciado—replicó el preso—, ¿qué queréis decirme?

A que respondió el togado:

—Que, si como espero, sois inocente, estoy dispuesto a consagrar todas mis energías para conseguir vuestro triunfo, pero si fueseis culpable, me retiraría inmediatamente, dejándoos al amparo de Dios.

—De modo—exclamó lleno de abatimiento el infelice barón—, ¿que también vos me creeis culpable?

—Hasta ahora no puedo afirmar ni negar por mi parte; solamente me hago eco de la creencia de todo el mundo, que os señala como incendiario de la casa de Lopresti, y raptor y asesino de una de sus hijas. Si es así, con vuestros remordimientos os dejo; renuncio a vuestra defensa.

Al decir esto, como si hubiera escuchado la terrible respuesta afirmativa, hizo ademán de retirarse, pero Maulle le detuvo, diciéndole:

—Quedaos, señor, quedaos, que bien podéis encargaros sin escrúpulo alguno de salvar la honra y la vida a un inocente que habrá cometido errores y faltas como todos los mortales, pero que jamás echó sobre su limpia conciencia la mancha de un delito.

—Bien sabe Dios—respondió paternalmente Mr. Pourquois—que diera años de mi vida por no veros mezclado en este asunto.

Las manos del reo y del jurisconsulto quedaron entrelazadas por largo rato, como pacto de fraternidad.

A continuación entablóse este diálogo:

Pourquois.—¿Estais dispuesto a responder con toda sinceridad a mis preguntas, como si hablarais con vuestro confesor?

Maulle.—Sí.

Pourquois.—Referidme entonces cuanto creais que haya podido dar origen a que todo París os acuse como autor del monstruoso crimen de la calle de los Lombardos.

Maulle.—Es lo cierto, que subyugado por las hermosas prendas de la menor de las hijas de Lopresti, había comenzado a sentir por ella una gran pasión, que hubiérame hecho romper con todas las conveniencias y dificultades para conseguirla, pero jamás hasta el punto que me acusan.

Pourquois.—¿No apostasteis no sé qué importante cantidad a que haríaisla vuestra la noche de Navidad, antes de la una de la noche?

Maulle.—Cierto que yo hice esa apuesta y la mantuve, pero al pensar en ganarla, no cruzó por mi pensamiento la negra idea de llevarla a cabo por medios reprobables.

Hubo un largo silencio.

Mr. Pourquois permanecía inmóvil y meditabundo por un buen espacio, al cabo del cual prosiguió el diálogo:

—Un medio y bien sencillo tenéis al alcance de la mano para echar por tierra toda acusación. Revolved entre los recuerdos de aquel día y decid lisa y llanamente dónde pasasteis la noche, reclamando en vuestro apoyo el testimonio de las personas que os acompañaran.

A estas razonables palabras del insigne licenciado, oscurecióse el semblante de Maulle y no respondió palabra, por lo que prosiguió aquel:

—¿No respondéis? Advertid que en esa declaración pueden estar vuestra honra y vuestra vida. Hablad.

Maulle.—Perdonadme, pero aun cuando en los tormentos más inconcebibles tenga que perder la vida, y aunque haya de pasar por la ignominiosa afrenta de ver los blasones de mi casa borrados por la mano del verdugo, rotas mis armas en cadalso, y perseguida mi noble familia por la justicia del Rey y aventadas las cenizas de mis mayores, no diré dónde estuve, ni con quién, aquella noche. Sin embargo, puedo jurar por la salvación de mi alma, que no soy culpable de la ignominia que ha caído sobre mí.

Pourquois.—Pues que esa es vuestra determinación y con tan grande entereza la tenéis formada, no insistiré más. Permitidme que me retire.

Maulle.—Eso quiere decir que me negais vuestro auxilio. Acaso teneis razón. Sin lo que me pedís no podéis fundamentar mi defensa...

Puorquois.—He creído advertir tanta verdad en vuestras palabras, tanta franqueza, que me parecía que para mentirme tendríais que mentiros a vos mismo primero. No acierto a desentrañar los secretos y graves motivos que tenéis para guardar silencio. Desde luego sospecho que en alguna intriga amorosa que vuestra hidalguía calla por no comprometer el nombre de la dama en cuestión, pero, a pesar de esto, confiad en mí, que yo procuraré los medios para proclamar vuestra inocencia. Y, ahora, quedad con Dios; voy a dar los primeros pasos para que volvais al mundo con los mismos honores y respetos que disfrutabais cuando pasasteis los rastrillos del Temple.

Y luego de estrechar muy efusivamente la diestra del atribulado barón, salió de la celda el insigne jurisconsulto.

El preso quedó más tranquilo.

Había oído hablar siempre de Mr. Pourquois con alta veneración y profundo respeto.

Empezaba a abrigar confianza en que su desventura no sería muy larga.

Aquel hombre notable era el médico que desde los mismos bordes de la fosa tornaríale a la vida sano y fuerte...

XI

Leonardo Pourquois no solamente tenía un gran talento, que hacíale figurar como el primero de los abogados de París, sino que poseía un enorme conocimiento del corazón humano.

Tanto la práctica de la vida como de su carrera, habíanle dado huma-

na enseñanza de que la savia de los grandes delitos humanos son el amor, el odio y la envidia.

Obsesionado por este axioma, fuése a ver al infortunado Lopresti, recogido a la sazón en casa de un paisano generoso.

Después de haberle prodigado palabras de consuelo, preguntóle:

—¿Recordais si por acaso tenéis enemigos o envidiosos de vuestro pasado esplendor?

A lo que respondió el malaventurado mercader:

—La norma de mi vida ha sido no procurármelos a sabiendas.

—Pero ved que a veces suele la buena estrella premiar los desvelos y los sacrificios, y el que trabaja consigue ver remunerados sus esfuerzos muy altamente, como vos lo habéis visto durante largo tiempo.

—Así es como vos decís, señor—asintió Giacomo Lopresti—, pero ved que vino la desgracia y en un sólo instante llevóme lo que la suerte tardó mucho en concederme.

—Ello, sabéis que es ley de vida. ¿Podréis asegurar que las riquezas acumuladas por el buen logro de vuestros negocios y la buena reputación que siempre gozásteis, no han querellado rencores en contra vuestra?

—A fe que nada sé, señor—respondió el florentino después de meditar un corto espacio.

—Y, entre los mercaderes que comerciaban en vuestro mismo ramo y eran convecinos vuestros—tornó a preguntar el magistrado—, ¿recordais si por acaso hubo alguno a quien vuestra prosperidad hiciérale sombra tan contraria y enemiga que tuviese que renunciar a su negocio?

Otro breve rato pasó en meditación Lopresti, al cabo del cual respondió:

—En esto sí creo que ha caído alguno.

—¿Conocéis los nombres?

—Uno sólo se me acuerda, por haber sido el que fracasó con más estruendo. Era un rico mercader llamado Baltasar Kanuf.

—¿Y hubo de renunciar totalmente al comercio?

—Como que se arruinó; pero no por eso penséis que se declarase enemigo mío. Por mi casa iba muchas veces y él fué el primero en acudir a dolerse de la desgracia que ahora lloro y lloraré todos los días de mi vida. Retirado forzosamente de los negocios, convirtióse al cristianismo, y hoy es el primer platero de la reina Isabel.

—De suerte ¿que no abrigais la menor sospecha de este hombre?

—No, señor. ¿Por qué habría él de tomar tan horrible represalia de un daño que si sufrió no fué de mi mano, sino de la fatalidad de su destino?

—Basta, pues, señor Lopresti—dijo Pourquois, poniéndose en pie—. Permaneced tranquilo y esperad un tiempo más venturoso, que confío que no habrá de hacerse esperar.

—Sólo mi Berenice querida es el único bien que he menester—dijo el desconsolado padre—, y éste me parece que no llegará nunca. Me la han llevado para siempre. Fuera de ella, todo me sobra, aun yo mismo, si no hubiéranme quedado estos otros dos pedazos de mi alma, para quienes tengo el triste deber de vivir.

—Ya os digo—replicóle paternalmente Pourquois—que acaso sea yo el elegido por Dios para reparar en parte vuestros males, y quién sabe si conseguiré volveros vuestra hija sana y salva.

—¡Ay!, si tal hicierais—exclamó el infeliz Lopresti—seríais la mano de

Dios que me devolvía, generosa y bienhechora, lo que tan villanamente me arrebataron los hombres...

XII

Mr. Pourquois quería ser en lo posible como aquella mano omnipotente que encadena las olas del mar, sujeta el ímpetu de los vientos y descorre los velos de las nubes para que brille el Sol.

Constituyóse en espía del orfebre palaciego, de manera, que no daba el tal paso fuera del Louvre que no fuera seguido por el abogado.

Dos o tres días después de la entrevista con el caballero Maulle, ya a punta de noche, y escondiéndose entre las sombras, seguía el licenciado a su presa, cuando al dejar una angosta calle para desembocar en la mansión real, vió que al paso del renegado salieron dos hombres que muy resueltamente le cortaron la marcha.

Cobijóse Pourquois en el hueco de un mísero postigo, y como el silencio era absoluto, y muy estrecho el callejón, pudo llegar hasta él esta charla, que era un claro rayo de luz para el noble y justiciero empeño que traía:

—Aunque no nos perdoneis la impertinencia, maese Kanuf, aquí nos tiene por cuarta vez, que si fuéseis formal en cumplir los compromisos que exigís, como sois exigente en los encargos que hacéis, no os diéramos esta incomodidad.

—¿Qué queréis?

—¿Qué habemos de querer si no es lo nuestro?

—¿Se piensa que de balde se prende fuego a una casa y se le da pasaporte para el otro barrio a una rubia tan bonita como la de marras?

—Bien os decía yo que me la dejaseis viva a cuenta de mi parte y no quisisteis...

—Callad, malditos; así os confunda Dios.

Y arrojándoles al suelo un bolsillo lleno de oro, marchóse sin despedirse de los otros.

Tornó Pourquois sobre sus pasos, pues ya sabía bastante, y fuese a poner al Preboste en conocimiento de lo que acababa de oir.

Este, a su vez, escuchóle con toda la atención que la gravedad del caso requería, y resolvió que en la mañana siguiente quedase detenido Baltasar Kanuf, y si no se determinó a ponerlo por obra en el instante, fué por no querer que la detención del criminal se llevase a cabo en el mismo Alcázar.

Amaneció Dios, y fué el primer cuidado que tuvo el orfebre criminal el de ir a visitar a maese Charot, conserje de la primera prisión del Estado. Prometíaselas muy felices con él, y así caminaba más que contento pensando que había realizado un bonito negocio con los celos de la reina.

XIII

En el jefe de los calaboceros del Temple encontró Kanuf un hombre enérgico y fiel cumplidor de su deber, que además había sumado su conciencia a la del pueblo de París en el mal asunto del barón de Maulle, y tenía sumo interés en que fuese castigado el criminal de la calle de los Lombardos. Así es que rechazó en absoluto las proposiciones del judío relejado.

—Si acerca de esto—le dijo—me hablas una sola palabra más, daré parte al Parlamento, y quedaréis bajo mi guardia. Así es, que recoged vuestro dinero y empleadlo como mejor os parezca, que en mí no ha de ser. El rey me paga lo bastante para que ocupe honradamente mi cargo sin haber necesidad de recurrir a estas gabelas extraordinarias.

—Ved—insistía el bellaco—que hay muy alta persona a quien conviene esto y el no aceptarlo pudiera costaros no menos que la vida.

—La perdería gustoso en el cumplimiento de mi deber.

—Ved...—iba a continuar el miserable, pero el honrado guardián le replicó sin dejarle acabar.

—Mirad vos que se me acaba la paciencia de escucharos, y que sólo en consideración a que perteneceis a la servidumbre de la reina os estoy tolerando; salid de aquí al instante, o tardaréis en salir.

Y acompañóle hasta la puerta.

XIV

Muy imbuído iba el infame en sus malos pensamientos, mirando la mejor manera para que no hablase el barón, cuando al desembocar en el Louvre saliéronle al paso dos soldados del Preboste, exclamando:

—Tenemos en nombre del Rey, si sois el señor Baltasar Kanuf, platero y joyero de S. M. la Reina Isabel.

No pudo resistirse, y no hubo otro remedio que dejarse prender.

Cruzaron rápidamente algunas calles, y presto dieron en las oficinas del Prebostazgo. Ya esperaba en ellas el Procurador general, quien inmediatamente quiso interrogar al preso. Tampoco faltaba Mr. Pourquois.

Apenas se vió Kanuf frente a los dos personajes, preguntó cínicamente, como quien no reconoce que pueda haber sobre su voluntad más que una autoridad soberana, qué era lo que con tanta urgencia pretendían saber de él, que le había impedido presentarse a recibir órdenes de su ama y señora.

A lo que respondió el Procurador:

—Poca cosa; que nos digas solamente quién ha puesto fuego a la casa de maese Lopresti, y dónde está su hija Berenice.

—Pues qué, ¿no tiene el Prebostazgo de París policía que lo averigüe? respondió el judío.

A que tornó a replicar la primera autoridad:

—Sí; pero como esto podéis saberlo vos mejor que averiguarlo ella, se os pregunta para ganar tiempo.

—Yo no soy esbirro.

—Pero podéis ser criminal. No olvidéis que estais por entero sujeto a la Ley y que de ninguna manera habréis de burlarla. Hablad, pues, de una vez, si no queréis que el verdugo os saque las palabras del cuerpo.

A lo que respondió el hombre, sin dejar el tono sarcástico, pero un tanto influído por la terrible perspectiva del tormento:

—Sea: no quiero que la Justicia se devane los sesos ni recurra a procedimientos inútiles, que no conseguirán más que estropearme. Yo, Baltasar Kanuf, platero y guardajoyas de Su Altezá la Reina Isabel de Baviera, he sido el autor del incendio de la calle de los Lombardos.

—Seguid—mandó el Procurador, reprimiendo su indignación.

El reo prosiguió:

—Además, yo fuí también el que con pretexto de salvarla de las llamas rapté e hice desaparecer a la hermosa Berenice, hija del mercader Lopresti.

El Procurador y el licenciado revolviéronse llenos de indignación.

—¿Qué más, miserable?—gritaron a un tiempo—. ¿Y habéis consentido que un inocente esté expuesto a pagar vuestras infamias?

—Pues os juramos que no han de quedar impunes vuestros crímenes, y desde este punto y hora...

—No juréis, señores—prosiguió el judío, haciendo gala de su repugnante cinismo—, ni fabriqueis castillos en el aire, porque yo no hice sino cumplir órdenes de una persona que está bastante alta para burlarse de vues-

tro poder y de vuestros decretos, y es harto poderosa para arrancarme de vuestras garras.

Súbitamente alzóse el Procurador y exclamó con voz firme:

—Nada hay superior a la Justicia, ni aun el mismo Soberano, entendedlo bien. Apresuraos, pues, a revelar los nombres de vuestros cómplices, por encumbrados que sean, que así su deshonra será mayor y más enérgico el castigo.

—¿Dónde llevasteis a la hija de Lopresti?—preguntó Pourquois.

—Donde la llevé está bien segura y no es fácil que vuelva a salir—replicó el guardaplata.

—¿Tales son vuestras últimas palabras?—dijo el alto policía.

—En este asunto, sí—respondió el miserable.

—Enhorabuena. Pues que la Justicia de Monseñor el Rey de Francia siga su curso ordinario.

Tocó una campanilla de plata y aparecieron dos alguaciles, a los que mandó Su Excelencia:

—Bajad a este hombre a la cámara del tormento y veamos si es allí más elocuente que en la paz de esta sala.

Los esbirros apoderáronse del criminal, quien mostrando siempre su cínico talante, dejóse conducir sin hacer la más pequeña resistencia.

—Me parece, ilustre Pourquois—dijo al licenciado el Procurador general—, que habéis hecho un importante servicio a la Justicia, pero mucho me temo que no hemos de llegar tan pronto ni tan bien como fuera de desear al fin de esta causa...

XV

Conducido Baltasar Kanuf a la cámara del tormento, fueron aplacándosele el cinismo y la soberbia.

No había llegado a la tenebrosa estancia, y ya sabíase en el Louvre que el platero de la reina iba a ser sometido a la prueba del tormento.

Esperábale en la lúgubre cámara un escribano, un secretario, el verdugo con sus ayudantes, y un médico.

En lo que le despojaban de las ropas llegó el Procurador general, que tomó asiento entre sus subordinados.

—Por última vez y en nombre del Rey—le dijo—os emplazo a que digais quiénes son vuestros cómplices.

—Cuanto tenía que decir ya lo dije—respondió el malvado.

El magistrado hizo una seña y los ayudantes del verdugo se precipitaron sobre su presa. Lleváronle al centro de la habitación, y de una cuerda que pendía del techo pasando por una garrucha, como un carrillo de estos de pozo, atáronle las muñecas; así como estuvo atado tiraron de la cuerda y quedó suspendido. Estando en esta postura dijo el escribano:

—Adviértese al reo, que de todo daño o quebrantamiento suya será la culpa, por no responder o no decir verdad a lo que se le pregunta, y no de este Tribunal.

Demandáronle de nuevo que declarase, y como no dijese más palabra, alzáronle como a la altura de un hombre, los verdugos soltaron luego y el cuerpo cayó a plomo.

Un angustioso grito escapóse de los labios del criminal. Izáronle nuevamente, pero con un grave peso de plomo en los pies. Tiraron más de la cuerda y Kanuf llegó hasta el techo. Conmináronle nuevamente para que declarase y aun en medio de los horribles dolores que sufría, tuvo alientos para callar. Dejaron libre la cuerda, y el macerado cuerpo, arrastrado por el

peso del plomo, bajó hasta casi dar en el suelo. Un horrible alarido se escapó de los labios del reo. Las piernas y los brazos estaban descoyuntados y las ligaduras que sujetábanle las muñecas habían entrado hasta los huesos.

—En nombre de Dios, señores jueces—exclamó—sed caritativos, soltadme. La reina es mi cómplice.

Como impulsados por un secreto resorte, jueces y médicos alzáronse de sus asientos.

—Mirad lo que decís—exclamó el Procurador.

A lo que respondió angustiosamente el torturado:

—¿Si me hallo en trance de muerte no he de decir la verdad?

Fué desatado y conducido a una arcana mazmorra. El Procurador, el escribano, el secretario, un consejero del Parlamento y el arcediano de Laón, que habían asistido a la última parte de la prueba, retiráronse a deliberar sobre tan grave asunto, que era harto difícil de resolver.

XVI

Dijérase que la bochornosa deshonra del rey había caído como un velo luctuoso sobre los ánimos de aquellos que administraban justicia en su nombre.

Mr. Pourquois quedó tan asombrado como todos los demás, y pidió permiso para esclarecer el hecho hasta donde fuera posible interrogando al judío. Disponíamse a trasladarse a la celda del tal, cuando alzóse un portier y apareció un paje anunciando la visita de un emisario de la reina. El Procurador dió orden de que pasara adelante, y embocó en la sombría cámara un caballero, que, como traía comisión de la soberana, creíase en el caso de mostrar soberbia, y se presentó con tales palabras:

—Vengo en nombre de Su Alteza la Reina, que Dios guarde.

Todos hicieron una profunda reverencia.

—Y ¿qué reclamais?—tornó a preguntar el Procurador.

—El preso Baltasar Kanuf, su platero y guardajoyas—respondió el emisario.

—Baltasar Kanuf, platero y guardajoyas de S. A. la Reina (que Dios guarde), está bajo el peso de las leyes del Estado, porque así conviene a la salud del Reino y a la justicia del Rey. Comunicádselo así a vuestra señora—replicó el Arcediano de Laón.

Iba a responderle el cortesano, cuando vista la intención atajóle el procurador con tan recias razones:

—Suplicad también a S. A. que para otra vez tenga más tacto al elegir sus mandaderos, y salid inmediatamente, porque no se retarde el cumplimiento de vuestro servicio...

XVII

Luego de que el portavoz de Isabel de Baviera, salió tan mal despedido, resolvieron los consejeros reunirse en casa del Procurador general para trazarse la ruta que habían de seguir en tan comprometida como escabrosa causa.

Pourquois fuése a ver si podía conseguir declaraciones más explícitas del criminal.

Hallábase éste tirado sobre un montón de paja exhalando débiles quejidos, a causa del mal trato de las cuerdas.

A medias palabras, y con moribunda voz refirió Kanuf los amores de la reina con el caballero Maulle, y los celos que aquélla tenía de la hermosa Berenice por la apuesta hecha en la hostería de *La Bola de Oro*...

* * *

Para sí guardó Pourquois el secreto de aquella declaración y solamente se limitó a procurar la libertad de su defendido.

Por más que discutían los otros magistrados no llegaban a un acuerdo. Una parte pensaba que era un crimen de lesa majestad proseguir un asunto en que hallábase mezclada de un modo tan concluyente media corona de

Francia: la otra sostenía que la Ley de la Justicia hacíase para todos, desde el Rey hasta el último plebeyo...

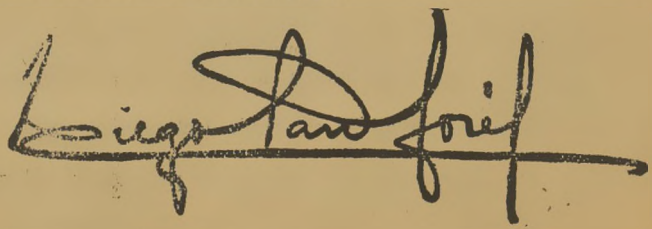
Así pasaron varias semanas, hasta que un día amaneció muerto el judío.

Nadie supo de qué ni se hicieron averiguaciones, y entonces fué cuando la Justicia cayó de lleno sobre el mísero cadáver, haciéndole único responsable del triste suceso de la calle de los Lombardos.

El caballero Luis de Maulle recobró la honra y la libertad.

La reina no perdonó a Pourquois su triunfo jurídico, y el gran letrado hubo de asusentarse de París para librarse de la venganza de aquella hidra coronada.

Vivió oscuramente en Tréveris, merced a una renta de trescientos escudos de oro que le señaló su defendido...



PRENSA POPULAR. - Calvo Asensio, 3. - Madrid. - Apartado 8.008.

Dolor de cabeza, neuralgias y jaquecas desaparecen en cinco minutos con la **HEMICRANINA** del **Dr. Caldeiro**. 3 PESETAS. Pídase en farmacias.

Evita el dolor de muelas
Alcoholato
ELIXIR DENTIFRICO
Perfuma el aliento
Alcoholera. -- Carmen, 10

Importante. La calvicie es una enfermedad del cabello, que se evita usando el agua **La Flor de Oro** por sus propiedades tónicas. Con su uso desaparece la caspa y se estimula poderosamente el crecimiento del cabello con su primitivo color. Se vende en las perfumerías y droguerías.

LA NOVELA TEATRAL

Sumario de obras publicadas en La novela TEATRAL

Galdós.-49. Electra.-53. Doña Perfecta. - 58. La loca de la casa.-62. Realidad.-82. La de San Quintín.-**Sor Simona.

Benavente. - 9. Todos somos unos.-102. La sopa encantada. - 107. El marido de su viuda.-129. Más fuerte que el amor.-239. La princesa Bebe. - 233. El dragón de fuego.-259. La ciudad alegre y confiada.-261. La gata de Angora.-263. La losa de los sueños.

Quintero.-66. Doña Clarines. - 71. El patio. 95. La escondida senda. - 88. El niño prodigio.-**Pepita Reyes.-256. El centenario. 257. La Zagala.-284. El género ínfimo.

Guimerá.-.113. María Rosa. - 114. Tierra baja.-196. Agua que corre.

Linares Rivas.-16. El cardenal.-89. La cizaña.-101. Bodas de plata.-241. Cristobalón. - 246. Toninadas. - 260. Flor de los Pazos. - 267. Sangre roja.-292. La razón de la sinrazón... - 296. - Añoranzas.

Martínez Sierra.- 29. Primavera en otoño. **El ama de la casa.

Tamayo y Baus.-136. Un drama nuevo.-209. La bola de nieve.-186. Lances de honor.-149. La locura de amor.-177. Lo positivo.- 214. Virginia.

Dicenta.-6. El Lobo. - 14. Sobrevivirse. - 24. El señor Feudal.-38. El crimen de ayer.-60. Daniel.-69. Amor de artistas.- 77. Aurora. - 92. Luciano.-**Juan José.

Zorrilla.- 188. El alcalde Ronquillo. - 130. El Zapatero y el Rey.-131. Sancho García.-148. El puñal del Godo.-171. La mejor razón la espada. 234. El Zapatero y el Rey (1.ª parte).

Villaespesa.- 10. El Rey galaor. - 23. Abenhumeya. - 37. Doña María de Padilla. - 65. La leona de Castilla.-217. El Halconero.-**El Alcázar de las Perlas.-28. La Gioconda.

Marquina.-154. En Flandes se ha puesto el sol.-182. Doña María la Brava. - 201. El retablo de Agrellano.-222.Las hijas del Cid.-195. El Rey trovador.

Ramos Carrión. - 84. El noveno mandamiento.-86. La tempestad.-95. La Bruja.-155. La muela del juicio.-104. El bigote rubio.-106. Los sobrinos del capitán Grant. - 179. Mi cara mitad.-123. Los señoritos.-213. La criatura.-90. La Marsellesa. - 271. Agua, azucarillos y aguardiente.

Vital Aza.-32. Francfort. - 33. La Rebotica.-36. Ciencias exactas.-39. La Praviana. - 45. Parada y fonda.- 50 Tiquis Miquis.-63. La asia de armas.-157. Las codornices.- 137. El sueño dorado.-125. El matrimonio interino.-225. Llovido del cielo.-197. El señor cura.-131. El sombrero de copa.-219.Con la música a otra parte.-191. El afinador.-200.Perecito.

Ramos Carrión-Vital Aza.—147. El señor gobernador.-119. Zaragüeta.—133. Robo en despoblado.-151. El padrón municipal.-110. El oso muerto.-132. La ocasión la pintan calva.-118 El rey que rabió.

Echegaray (Miguel).-44. La viejecita. - 59. Gigantes y cabezudos. - 76. El dúo de la Africana. - 91. La Rabalera. - 115. Los demonios en el cuerpo.-173. La Credencial.- 163. Los Hugonotes.-120. Entre parientes.- 111. El octavo, no mentir.-303. Juegos malabares.-305. Meterse a redentor.-307. La monja descalza.

Arniches.-2. La sobrina del cura.-11. La casa de Quirós.-19. Las estrellas. - 20. Doloretes. -21. La señorita de Trévelez. - 43. La gentuza. -67. La noche de Reyes. 282. La chica del gato.-283. La heroica Villa.- 285. Es mi hombre. - 286. La pobre niña.-289. Los caciques. - 298. La hora mala.-302. ¡Que viene mi marido!

Arniches-García Alvarez. - 15. Alma de Dios. - 17. El pobre Valbuena. - 70. El terrible Perez. - 78. El fresco de Goya. - 83. El método Górritz.-87. El cuarteto Pons.-97. Mi papá.-124. El pollo Tejada.-128. El perro chico.-166. Gente menuda.-122. El príncipe Casto.

García Alvarez-Muñoz Seca.—8. El verdugo de Sevilla.-12.Fúcar XXI.-34. La frescura de Lafuente.-51. El último Bravo.-56. Los cuatro Robinsones.-64. Pastor y Borrego.

Muñoz Seca.-270. La plancha de marquesa. - 273. La verdad de la mentira. - 275. Los pergaminos.-276. La razón de la locura.-278. La cartera del muerto.-280. El Condado de Mairena.-141. La barba de Carrillo. -193. Faustina.-288. Los misterios de Laguardia. - 291. El último pecado.

Muñoz Seca-Pérez Fernández. - 287. Pepe Conde o El mentir de las estrellas. - 268. La fórmula 3 K3. -72. Trampa y cartón.-27. López de Coria.-167. Los amigos del alma.-254. Un drama de Calderón.-260. Martingalas.- 252. Trianerías.-253. La hora del reparto.-255. El parque de Sevilla.

Paso-Abati.—13. El río de oro.-40. El gran tacaño.-116. La Divina Providencia. - 206. Los perros de presa.

Perrin - Palacios.-74. La Corte de Faraón. 80. La manta zamorana.-84. Pedro Giménez.-89. La Generala.-93. Pepe Gallardo.-102. El Húsar de la Guardia.-142. Enseñanza libre.-218. Ceatamen Nacional. - 154. Cuadros disolventes.-150. La tierra del Sol.-225.Las mujeres de don Juan. - 148.El País de las Hadas. -- 249 Cinematógrafo Nacional.

COMEDIAS

1. Trata de blancas.-3. El místico.-4. Los semidioses.-5. Las cacatúas.-8. El nombre que asesina.-15. La eterna víctima.-18. Jimmy Samson.-31. El misterio del cuarto amarillo.-35. Primerosa.-38. Raffles.-41. Mirandolina.-42. Genio y figura.-47. Petit-Café.-48. Los Nove oros.-54. La Tizona.-55. Miquette y su mamá.-67. Los gemelos.-98. La cena de las burlas.-100. Franz Hallers.-103. La Tosca.-108. La tía de Carlos.-112. Fedora.-117. El oscuro dominio.-121. Los gansos del Capitolio.-129. El director general.-133. ¡Tocino del cielo!-134. Militares y paisanos.-135. Muérete y verás!-138. Jarabe de pico.-140. Papá Lebonnard.-143. El Revisor.-144. Blasco Jimeno.-148. El crimen de la calle de Leganitos.-148. Lo que ha de ser.-152. Don Francisco de Quevedo.-153. La Ciclón.-156. El amor vela.-160. La señorita del almacén.-164. El Ladrón.-168. La pesca del millón.-167. El señor Duque.-169. El Gobernador de Orbequieta.-173. Jettatore.-159. Sensaciones cómicas en el teatro español.-181. El Tenor.-185. El primer rorro.-189. La casa de los milagros.-190. El duelo.-192. Los amantes de Teruel.-198. La Canastilla.-199. Marcela, o ¿A cuál de los tres?-203. La historia del Don Juan Tenorio.-207. Un negocio de oro.-208. También la corregidora es guapa.-210. Míster Beverley.-212. La Dama de las Camelias.-215. Hamlet.-216. La caracterización y las mordillas.-220. Los piropos.-221. El Gavilán.-224. Esclavitud.-226. Las vírgenes locas.-227. El soldado de San Marcial.-230. El pelo de la dehesa.-231. El Corral de la Pacheca.-232. Envejecer.-237. El puesto de «antiquités» de Baldomero Pages.-238. Don Gil de las Calzas verdes.-240. El arte de declamar.-242. Zazá.-243. La casa de la Troya.-244. Juventud de príncipe.-245. El mayor monstruo, los celos.-247. Magda.-248. La moza de cántaro.-251. A secreto agravio, secreta venganza.-264. Mi salvador.-269. La Tierra.-272. La república de la broma.-279. Gerineldo.-293. Los pollos bien.-299. La clave de sol.-300. Frutería de Frutos.-304. ¡Que no lo sepa Fernanda!-306. Alfonso XII, 13.-308. Santa Isabel de Ceres.-309. La luna de la Sierra.-310. ¡Si fué don Juan andaluz!...-311. Margarita la Tanagra.-313. Constantino Pla.-315. Mi marido se aburre.-316. El pobre Rico.-317. Larrea y Lamata.-318. La caseta de la feria.-320. Melchor, Gaspar y Baltasar.-321. La Presidenta.-322. El caudal de los hijos.-323. El cuarto de Gallina.-325. La casa de Salud.-326. El madrigal de la cumbre.-327. Las mocedades del Cid.-328. El cerdo de Avilés.

ZARZUELAS

7. Charito la Samaritana.-42. Serafina la Rubiales.-46. La alegría de la huerta.-52. La marcesa de Cádiz.-61. El chico del cafetín.-68. Los cadetes de la reina.-72. La Tempranica.-79. El niño judío.-84. El padrino de «El Nene».-85. La balsa de aceite.-96. El señor Joaquín.-127. Tonadillas españolas.-158. Cantables célebres de zarzuelas.-159. Ninón.-161. Los pendientes de la Trini.-163. Pancho Vivondo.-165. La boda de Cayetana.-168. Las Corsarias.-170. La Chicharra.-172. El niño del principal.-174. La Madrina.-175. Chistes célebres, de comedias.-176. La suerte de Sanlúcar.-184. La tragedia de Laviña.-202. La canción del olvido.-204. La suerte perra.-205. El Asi.-211. Tonadillas españolas (2.ª parte.)-235. Don Lucas del Cigarral.-236. El Príncipe Carnaval.-238. La novelera.-262. Matías López.-265. Tonadillas y tonadilleras españolas (3.ª parte.)-266. Tonadillas y tonadilleras españolas (4.ª parte).-274. Tonadillas y tonadilleras españolas (5.ª parte.)-277. El chaleco blanco.-281. La Hoja de Parra.-290. El Avapiés.-294. Chiribitas.-295. Tonadillas y tonadilleras (6.ª parte.)-297. La cartujana.-301. El corto de genio.-312. Arco Iris.-314. El gran Bai.-319. Lola Montes.-324. Tonadillas y tonadilleras españolas (7.ª parte).

Número atrasado: 10 céntimos sobre el precio que marca el ejemplar.

(**) Las obras señaladas con dos asteriscos han sido publicadas en LA NOVELA CORTA

FLIRT

REVISTA GALANTE

Sus interesantes e intencionados artículos, donde campea la gracia picante y el bello estilo, y sus notables dibujos a todo color, hacen de este popularísimo semanario una publicación verdaderamente excepcional.

FLIRT es la única Revista galante, que por el prestigio de sus colaboradores artísticos y literarios, merece ser leída en España.

Diríjase la correspondencia a PRENSA POPULAR.-Madrid, Calvo Asensio, 3.-Apartado 8.008

SUSCRIPCION: MADRID, PROVINCIAS Y AMÉRICA, SEMESTRE, 8 PESETAS.-AÑO, 15 PESETAS

SE PUBLICA LOS JUEVES **30 cts.**